

¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION?

Por REGIS DEBRAY

SEGUNDA PARTE

2. La división y el control de las regiones por la reacción o por el imperialismo directamente, su vigilancia hoy multiplicada, deben quitar a un grupo de propagandistas armados toda esperanza de permanecer inadvertidos o clandestinos como "peces en el agua". El destacamento armado y la vanguardia popular no tienen que vérselas con un cuerpo expedicionario extranjero, de efectivos limitados, sino con un sistema perfectamente instalado de dominación local. Los extranjeros son ellos. Los sin prestigio, los recién llegados, que no pueden aportar a la población, al principio, sino dolor y sangre, son ellos. Por otra parte, hoy las vías de comunicación se multiplican, se construyen aeropuertos o pistas en las regiones más alejadas, inaccesibles por tierra.

Del otro lado de Los Andes, por ejemplo, entre la montaña y la cuenca amazónica, la famosa carretera marginal de la selva se propone unir las regiones tropicales de Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia entre sí y cada área tropical con su capital. En cuanto al imperialismo norteamericano, éste ha multiplicado sus efectivos en el campo, esforzándose

por aparecer no bajo una forma represiva, sino, al contrario, como asistencia técnica y social. Se conocen todos los planes sociológicos en curso, con personal internacional, bajo el manto universitario o directamente de la Organización de Estados Americanos, destinados a "fotografiar" la situación social, económica e individual de cada familia de las "áreas peligrosas": Plan 208 de la OEA en Bolivia; "Simpático" en Colombia; Plan JOB 430 en la Argentina; "Camelot" en Chile; "Colony" en Perú; etc. Miles de Cuerpos de Paz, algunos de ellos a fuerza de trabajo, paciencia y a veces abnegación real, han logrado "integrarse" en las zonas rurales, aprovechando la falta de trabajo político de las organizaciones de izquierda en el campo; los misioneros católicos, evangélicos (metodistas, presbiterianos, bautistas, pentecostales, adventistas), mormones pululan hoy hasta en las regiones más remotas. En resumen, todo ese aparato de control de mallas finas viene a añadirse al aparato de dominación propiamente nacional. Sin exagerar la profundidad ni el alcance de su penetración, crea una situación diferente.

3. La ausencia, en fin, de fuerzas regulares revolucionarias o semirregulares ya constituidas. La propaganda armada, al menos si está animada de intenciones combativas, pretende precisamente formar unidades regulares o aumentar las unidades existentes gracias a un trabajo de "reclutamiento político". Así, se procede a la "toma de aldeas" para reunir allí a la población y celebrar mítines de propaganda. En realidad, ¿en qué se ha ayudado a los habitantes de esas aldeas para desembarazarse de sus adversarios de clase? En el curso de esas operaciones pocas armas han sido recuperadas. Aun si el entusiasmo arrastra a jóvenes campesinos a partir con los guerrilleros, ¿con qué se les armará?

Numerosos compañeros han sacado de esas experiencias la conclusión de que una emboscada contra la columna de refuerzos u otro golpe asestado al enemigo en la vecindad hubiera suscitado más entusiasmo en esa aldea, atraído nuevos reclutas, dado una lección política y moral más profunda a sus habitantes y, sobre todo, obtenido armas, que son lo esencial para una guerrilla que comienza. La destrucción de un camión de transporte de tropas o la ejecución pública de un policía torturador hacen más propaganda efectiva entre la población vecina, propaganda alta y profundamente política, que doscientos discursos. Tal conducta la convence de lo esencial: que la Revolución es una realidad ya en marcha, que el enemigo no es invulnerable. La convence en primer lugar de que el soldado es un enemigo, su enemigo, que hay una guerra en curso y que ésta depende de su acción cotidiana. Después, el discurso es posible. Podrá ser escuchado. En el curso de tales golpes de mano los combatientes recuperan armas, amoran el potencial militar enemigo, se entranan, desmoralizan a las tropas enemigas, reavivan la esperanza de los militantes en todo el país. Su fuerza de propaganda y agitación reside en esa misma concentración de efectos. Detalle significativo: en dos años de guerra, Fidel no da un solo mitin en su área de operaciones.

Las formas de organización militar impuestas por la propaganda o la agitación armada parecen haber conducido a una cierta inacción o a la vacilación. Paradojalmente, ningún movimiento guerrillero que haya adoptado semejante concepción de lucha ha podido aumentar su zona de influencia de manera decisiva. En efecto, para llevar a cabo la agitación armada en una zona extensa, el foco inicial debe dividir sus magras fuerzas en varias patrullas, de efectivos reducidos —tres a diez hombres—, a fin de recorrer el mayor número de aldeas. Ventaja táctica cierta: se cubre una zona más extensa, se evita agotar los recursos locales en víveres y aprovisionamientos de todas clases sin ser carga para los campesinos; se puede multiplicar la presencia y los efectivos del foco en la imaginación de los trabajadores con una simple alusión a las otras escuadras que patrullan la región; sobre todo, el foco se hace inapresable y difícilmente localizable por el enemigo, que no puede cercar así a toda la guerrilla. Pero si bien se gana en movilidad, ésta no tiene ninguna eficacia en el plano militar, pues el poder de fuego de cada patrulla es insignifican-

te. Aun si la jefatura pone a punto los muy teóricos mecanismos de "concentración-dispersión", ese sistema queda en el papel durante los primeros meses de una guerrilla sin entrenamiento, sin control ni conocimiento del terreno, habida cuenta de los azares terribles de la vida en la selva, de las distancias, de las difíciles transmisiones. Así desperdiciada en patrullas demasiado pequeñas en un territorio demasiado vasto (5.000 km. cuadrados como mínimo), la relación de fuerzas es desfavorable y tenderá a serlo cada vez más: **la guerrilla es débil en todas partes y el enemigo es fuerte en todas partes**, por disperso que esté. Esta distribución en patrullas impide la **formación de columnas** con escuadras especializadas en su seno, escuadras de vanguardia, escuadras de retaguardia, con piezas de armamento pesado servidas por grupos entrenados, haciéndose el rancho por escuadras para aligerar la carga logística. Para seguir la metáfora china, el foco, en lugar de cerrarse como un puño para lanzar un golpe y arrancar un dedo al enemigo, abre y extiende sus cinco dedos, y es el enemigo el que tiene la fuerza del puño frente a cada uno de los dedos. En esto, no basta el convencimiento puramente intelectual. Algunos movimientos guerrilleros conocían y leían con regularidad obras teóricas ricas en metáforas parecidas, a despecho de lo cual seguían hasta hace poco dividiendo al extremo sus fuerzas.

Si, por un lado, el foco asegura su supervivencia, asegura también la del enemigo, y sería ingenuo creer que la relación de fuerzas debe cambiar necesariamente en su favor. Como ha mostrado la experiencia de Lara, en Venezuela, y en cierta medida la de Guatemala, los conflictos políticos crecen en el seno mismo de la guerrilla con su cohorte de secesiones, discordias y fricciones personales, a causa de la inacción prolongada, intolerable. Surgen o se acentúan los conflictos con las fuerzas políticas del exterior —partidos u organizaciones— que, en lugar de ser convencidas y arrastradas por la práctica y el impulso de la guerrilla, ven más bien confirmada su sospecha respecto de esa forma de lucha popular, dan la palabra a su reprobación hasta entonces silenciosa, y comienzan a discutir abiertamente dicha forma de lucha. Esas divisiones, por natural efecto de rebote, debilitan más aún el foco, siempre sin victorias militares de importancia, sin crecimiento por consiguiente. El enemigo, por su parte, durante ese tiempo saca provecho de los diferendos surgidos en el seno del movimiento, corrompe, seduce o compra a los más débiles y liquida físicamente a los demás.

¿Es esto decir que la propaganda armada o el trabajo de agitación debe rechazarse? No.

A juzgar por algunas experiencias logradas, una guerrilla deja en el curso de su avance algo —o alguien al menos— detrás de sí y detrás de sus líneas, cuando hay líneas, a fin de organizar lo que llegará a ser una base de apoyo sólida; pero entonces la población está protegida en su seguridad física por fuerzas regulares capaces de rechazar al enemigo; la base comienza a organizarse así en un empuje de Estado popular. El trabajo de agita-



Los ejércitos latinoamericanos, equipados y entrenados por EE. UU., se han convertido en fuerzas represivas en la mayoría de los países. En la foto: soldados imponen el "orden" en México.

ción y propaganda para explicar la organización nueva a la población y hacer pasar a manos de organizaciones de masas la administración de su zona, se hace fundamental y condiciona los combates futuros. La propaganda testimonia entonces la naturaleza libertadora del combate librado y la hace penetrar en el espíritu de los habitantes. Además, favorece la organización de la producción; la recaudación de impuestos; la explicación de las leyes revolucionarias; el mantenimiento de la disciplina; la creación de escuelas de cuadros y otras; la excavación de trincheras y subterráneos por la población civil para protegerse de los bombardeos; etc. Se trata en este caso de una etapa posterior a la que todavía no han alcanzado los movimientos guerrilleros latinoamericanos hasta el presente.

Dicho de otro modo: **la propaganda armada sigue a la acción militar, pero no la precede;** la propaganda armada tiene que ver con el frente interno de la guerrilla más que con su frente externo.

Por lo demás y en lo esencial, en tanto no hayan cambiado las condiciones presentes, la propaganda es una acción militar lograda.

Considerar la propaganda armada como una etapa en sí, distinta y previa a las operaciones militares es, al parecer, provocar inútilmente al enemigo, exponer al asesinato o a la huida a los camaradas propagandistas y denunciar una zona de acción guerrillera futura o posible. Dadas las condiciones sociales, ideológicas y psicológicas del campesinado en la mayor parte de los países latinoamericanos, dados los diversos aparatos de información de que dispone el enemigo, reforzado hasta el extremo después de la Revolución Cubana, el grupo de agitadores, armado o no, será vigilado, detectado y liquidado al nacer, si hay necesidad. Lo que es peor; los contactos que hayan establecido, las células organizadas, las personas que hayan "trabajado" en el campo, las aldeas y los centros urbanos próximos, sufrirán quizás la misma suerte. Si el enemigo es bastante astuto para esperar, dejará hacer hasta el comienzo de las opera-

ciones o aun después para permitir infiltrarse a sus servicios de inteligencia. Un "campesino" será situado en la infraestructura de la organización de base. Desde el comienzo de las operaciones toda la guerrilla estará localizada ya y será liquidada enseñada.

¿Qué origen atribuir a esta concepción que reduce al guerrillero a no ser sino un agitador armado?

La falta de experiencia anterior en la lucha armada, en las condiciones históricas y sociales propias de la América Latina, ha permitido, sin duda inconscientemente, copiar la experiencia vietnamita, desgajándola de su medio propio. El desconocimiento de la Revolución Cubana ha podido desempeñar también su papel; revolución de la cual se ha tomado la envoltura externa, pero cuyo contenido no ha sido estudiado todavía suficientemente. La formación de un ejército popular en el campo, a fin de cercar y galvanizar las ciudades, ha cometido tal vez el error de ligarse al nombre de foco. Una especie de interpretación biológica ha ligado espontáneamente a la idea de foco las de contagio: propagación espontánea, irradiación microbiana en los tejidos sociales vecinos por simple efecto mágico de contacto o vecindad. Un centenar de hombres inflama la montaña de discursos; el régimen, aterrorizado, se desploma bajo los gritos, y las aclamaciones populares reciben a los barbudos. Se habría confundido así foco militar —motor de una guerra total— y foco de agitación política. Se habría olvidado simplemente que los cubanos del "26 de Julio" hicieron primero una guerra **sin una sola tregua unilateral**; que en solo unos meses de 1958 el Ejército Rebelde sostuvo más combates que otros frentes americanos en uno o dos años; que en dos meses los Rebeldes destruyeron la última ofensiva de Batista, re-

chazando y poniendo fuera de combate a 10.000 hombres con 300 guerrilleros, para comenzar enseñada una contraofensiva general; una guerra que ha costado cara en vidas de combatientes muertos en combate; una guerra que, aun siendo excepcionalmente corta, no por ello ha requerido menos un tesoro de invenciones tácticas, de movilidad y audacia, aliado a una gran solidez estratégica. Se ha olvidado sencillamente que "Patria o Muerte" no es una fórmula para terminar los discursos, sino una regla de acción, a nivel táctico, que los combatientes cubanos tomaron al pie de la letra en cada una de sus acciones, desde el ataque al pequeño fuerte de La Plata hasta la toma de Santa Clara. Estratégicamente se han jugado el todo por el todo: han merecido tener al fin todo.

Claro está: esta decisión estratégica — arriesgarlo todo— no debe llevar a la guerrilla a librar en lo táctico batallas decisivas que puedan costar la derrota de la Revolución. La idea de un Ayacucho no cabe en la revolución de hoy, y no hay que esperar ganarlo todo en una sola batalla. Por ejemplo, cuando la batalla de Guisa, en noviembre de 1958, Fidel opuso 200 guerrilleros (de los cuales 100 eran novatos) a 5.000 soldados de la dictadura, más sus tanques, aviación y artillería, pero los rebeldes tenían siempre la posibilidad de replegarse del Llano hacia la Sierra por el hábil aprovechamiento del terreno: la batalla era más decisiva para el enemigo que para la Revolución, ya que ésta tenía varias columnas en otras partes, invadiendo a la isla. Jugarse el todo por el todo quiere decir: una vez alzados en la montaña, los combatientes libran **una guerra a muerte**, que ya no admite treguas, retrocesos o componendas. Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario.

LA BASE GUERRILLERA

Tal vez se corren los mismos peligros de imitación a propósito de la base guerrillera. No nos corresponde discutir en detalle esta concepción, que depende ante todo de las condiciones concretas de cada país y de las decisiones propiamente militares incumbentes a los responsables de la guerrilla y sólo a ellos. Aunque sólo una gran experiencia militar puede responder a la cuestión de la base guerrillera o su sucedánea, la zona de seguridad, conformémonos solamente con plantear la cuestión.

Si nos referimos a episodios recientes, como el del Perú, no es imposible que la experiencia china de las bases de apoyo, tal como fue sistematizada por Mao Tse Tung en 1938, en "Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas antijaponesa", haya podido extenderse a la América Latina imponiéndose sobre la imagen que se ha formado de la guerrilla cubana. Últimamente, publicaciones difundidas en ambiente universitario, como *Monthly Review*, se han dedicado a presentar la experiencia peruana de Luis de la Puen-

te y del MIR como el modelo mismo de una pretendida "estrategia cubana" de lucha armada, lo que permite a esa revista pronosticar el fracaso definitivo de esta última. En un número reciente de esa publicación norteamericana "progresista" —de la cual no se sabe si es más siniestra que ridícula, pues la ingenuidad, de tan perseverante, se aproxima al gran arte de la desinformación— se lee, en la pluma de Huberman y Sweezy, que la estrategia de Fidel Castro "requería el establecimiento de una zona de seguridad controlada por las guerrillas en las montañas, que se convertiría en el foco de la atracción y el desarrollo revolucionarios, llevando eventualmente, como en Cuba, a una guerra en gran escala contra las fuerzas armadas peruanas".¹⁰ Y se añade: "La principal aportación de De la Puente fue que, siendo el Perú de mucho mayor tamaño, debía haber no una o dos, sino media docena de zonas guerrille-

10 "The strategy of armed struggle", en *Monthly Review*, septiembre de 1966.

ras". Resulta de aquí que esa pretendida "estrategia cubana" haría del establecimiento de una base fija el punto de partida y el objetivo primero de la guerrilla.

Que un intelectual, sobre todo si es burgués, hable de estrategia ante todo, es normal. La desgracia quiere que el buen camino, el único practicable, parta de datos tácticos para elevarse hasta definir una estrategia. El abuso de estrategia y la falta de táctica es un vicio delicioso propio de los contemplativos, al cual también nosotros cedemos al escribir estas líneas. Razón de más para tener presente en la mente la inversión de que somos víctimas al leer obras teóricas. Estas nos presentan en forma de principios y cuadros fijos, concepciones llamadas estratégicas que de hecho señalan, en ciertas condiciones, el final de una serie de pruebas de orden táctico. Tomamos así como punto de partida lo que es resultado. Para un destacamento revolucionario, una estrategia militar resulta primero de la coyuntura política y social; de sus relaciones con la población; de las imposiciones del terreno; de las fuerzas adversarias; de su armamento; etc. Sólo el dominio del detalle da seriedad a los planes generales. Finalmente, y más aun tratándose de una fuerza guerrillera que de una fuerza regular, no hay detalles en la acción o, si se quiere, todo es asunto de detalle.

Esta lenta ascensión de la táctica a la estrategia, que ella envuelve y a la cual apela a la vez, acompañada de la experiencia de todos los escalones intermedios, es un poco la historia de la Revolución Cubana, y es también una buena regla de método para el aprendizaje práctico. Uno se queda desconcertado ante la atención minuciosa y casi maníaca prestada por Fidel, hasta el último día de la guerra, a los más mínimos preparativos materiales de la menor acción, como queda de manifiesto en su correspondencia de guerra: el emplazamiento de los combatientes en una emboscada futura; el número de balas dadas a cada uno; el camino a tomar; el ensayo y la confección de las minas; el registro de los víveres, etc. . . Excelente lección de eficiencia precisa. Antes de hablar de una "estrategia cubana", la simple honestidad impone el deber de informarse, de una u otra manera, con los miembros del Ejército Rebelde, acerca de lo que fue realmente la guerrilla cubana. Cuando un intelectual, presbitero de profesión, descuida, además, informarse de fuentes originales, como es el caso de nuestros folletinistas de vanguardia, da a su ignorancia una función social precisa, la de confundir, en beneficio de la opresión existente, al público que está obligado a ilustrar.

A primera vista, la base guerrillera o base de apoyo fija, a la cual la experiencia china presta un valor estratégico fundamental, requiere un conjunto de condiciones favorables:

—Extensión y profundidad de territorio, que tiene por corolario una falta de medios de comunicación en el interior del país (condiciones subrayadas con fuerza por Mao en el texto citado de 1938);

—Población rural muy densa (Perú, 9 habitantes por km²);

—Presencia de fronteras comunes con un país amigo (en un país estrecho como Vietnam la base de apoyo más importante, la del Viet-Bao, carta decisiva a partir de 1950, lindaba con la frontera china);

—Ausencia de tropas enemigas transportadas por aire, que constituyen las fuerzas de choque antiguerrilleras en casi todos los países latinoamericanos, con técnicas modernas de represión: cerco de infantería por tierra y desembarco simultáneo de tropas aerotransportadas en el centro de la zona embestida; pequeñas patrullas móviles de caza, en contacto radial con la retaguardia para localizar y comunicar enseguida la posición de los combatientes populares; etc.

—Insuficiencia numérica de las fuerzas enemigas —condición evidentemente llenada en China en el momento de la guerra antijaponesa— que no lo es en absoluto en América hoy. No olvidemos que el ejército rojo chino estaba constituido como ejército regular desde 1927, después de que una división entera del ejército del Kuomintang, con sus oficiales comunistas, se pasó a las filas comunistas. En China las fuerzas populares disponían, desde antes de la invasión japonesa, de unidades regulares constituidas. Después de la invasión extranjera, fueron el VIII y el IV Ejército de Ruta los que establecieron las bases antijaponesas, pasando de 40.000 hombres en 1937 a un millón en 1945. Era, pues, posible a los camaradas chinos sostener guerras de posición para defender las bases fijas más importantes.

Casi ninguna de esas condiciones, como se ve, se da hoy en la América Latina.

¿Cuáles parecen ser a ese respecto las enseñanzas de la experiencia cubana y de las luchas actuales?

Sabemos hoy, sólo leyendo los periódicos, que el momento crucial para una guerrilla es el de su entrada en acción. Como los niños de los países pobres, sus oportunidades de morir son muy elevadas en el curso de los primeros meses y decrecen cada mes que pasa. Hacer una guerra corta, matar el foco al nacer sin darle tiempo a adaptarse al terreno, a ligarse profundamente a la población local y adquirir un mínimo de experiencia, es, por tanto, la regla de oro de la contrainsurgencia. Cuando un asesor militar yanqui sueña, apostamos a que ve caer del cielo sus tropas aerotransportadas en medio de un campamento guerrillero apenas señalado. El sueño, por suerte, es irrealizable, al menos en esa forma. En todo caso, entre la represión experimentada y la guerrilla principiante hay siempre una carrera contra el reloj: la guerrilla para ganar tiempo y el ejército para no perder un minuto; la primera para aprender y el segundo para no dar tiempo a aprender. Hay que localizar el foco lo más pronto; todos los medios son buenos, desde la infiltración silenciosa hasta la movilización ruidosa de la infantería y la aviación para agitar y remover una zona sospechosa y obligar así a los guerrilleros, por desconcierto, a moverse y a salir a terreno descubierto.

En esas condiciones, querer ocupar una base fija o apoyarse en una zona de seguridad, aun de algunos miles de kilómetros cuadrados de extensión, es, al parecer, privarse de su mejor arma, la movilidad, dejarse encerrar en una zona de operaciones y permitir al enemigo el empleo de sus mejores armas. El rescate de la zona de seguridad erigida en fetiche es el campamento fijo, instalado en lugares reputados de inaccesibles. Esta confianza en sólo las virtudes del terreno es peligrosa: al cabo, no hay lugares inaccesibles por la sencilla razón de que, si uno mismo ha llegado a ellos, el enemigo puede hacer otro tanto. La regla de conducta observada por el Ejército Rebelde desde el comienzo era la de actuar como si el enemigo supiera siempre dónde se encontraba la guerrilla y fuera a su encuentro desde el acantonamiento más próximo. La lucha contra la infiltración y la delación tendió, pues, en Cuba, a adoptar la forma de la movilidad a ultranza. Toda persona que saliera de un campamento era sospechosa de poder denunciarlo de grado o por fuerza; por esta razón no podía haber sino campamentos provisionales y movidos sin cesar en la primera etapa.

Al final del año 1957, operaban dos columnas en la Sierra Maestra: la de Fidel, 120 hombres, y la columna confiada por Fidel al Che, llamada columna Nº 4 con fines de desinformación, 40 hombres. En el mes de octubre, con esta columna que ya contaba unos 60 hombres, el Che intentó sentar las bases de un territorio libre en el valle del Hombrito. Instaló ahí un campamento fijo, hizo construir un horno de pan, un hospital, talleres de reparar zapatos, etc., trajo un mimeógrafo, con el cual tiró los primeros números del periódico *El Cubano Libre* y empezó incluso, según sus propias palabras, a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica sobre el río del valle. Al cabo de unas pocas semanas, las tropas de Sánchez Mosquera atacaron esta base que no pudo ser salvada a pesar de haber sido preparada su defensa. Los Rebeldes no tenían la fuerza para defenderla. El Che fue herido en el pie, y tuvo que retirarse más adentro. Este intento de crear una base no tuvo repercusiones graves por estar presente en la cercanía la columna de Fidel en la cual podía apoyarse la del Che. De haber sido un foco aislado, este intento hubiera podido salir muy mal. Sin embargo, la defensa porfiada del Hombrito forzó al ejército a retirarse posteriormente y convirtió la destrucción de la base en una victoria más. La idea de la base era justa, pero prematura.

Fue solamente al cabo de 17 meses de combates continuos, en abril de 1958, cuando los Rebeldes fijaron una base guerrillera en el centro de la Sierra Maestra.

Durante todo este tiempo la base guerrillera no fue sino la zona de operaciones, y la ofensiva constante, fuera de las líneas, fue la que logró "liberar" una pequeña porción de la Sierra Maestra. Las columnas descendían cada vez más hacia el llano, ampliando sin cesar sus incursiones, impidiendo poco a poco la entrada al macizo montañoso a las tropas represivas. Los habitantes de la Sierra no tenían que temer entonces ser cogidos entre la tenaza de las tropas de Batista y los guerrilleros. Parece, pues, que la base de la Sierra Maestra se ha constituido de fuera hacia adentro, de la periferia hacia el centro.

El pequeño territorio básico entonces despejado es el terreno en que se encuentran el hospital de campaña, las pequeñas industrias artesanales, los talleres de guerra, la radio, la escuela de reclutas, el puesto de mando. Esta pequeña base permitió a los rebeldes resistir en posiciones atrincheradas la ofensiva general del verano del 58. Adosados a esa estrecha faja de montaña, pudieron hacer frente a una serie de ataques convergentes del enemigo, que en un momento dado redujo a menos de 4 km., la profundidad del territorio rebelde, en algunos puntos críticos.¹¹ Pero aun en esta situación de sitio, el Ejército Rebelde seguía siendo capaz de abandonar esa base, burlar el cerco y, llegado el caso, volver a su nomadismo primero en otra zona.

En Cuba, la ocupación de una base guerrillera, por decisiva que hubiera sido, no fue el objetivo político y militar número uno de los Rebeldes. El objetivo número uno era, al parecer, la destrucción de las fuerzas enemigas, y, primero la recuperación de armamentos. Las experiencias actuales de Guatemala, Colombia y Venezuela parecen confirmar, en ese punto, la validez de la experiencia cubana. La ocupación de una base fija no es allí la condición "sine qua non" del desencadenamiento de las primeras operaciones ofensivas de la guerrilla; más aún: esa ocupación no es posible sino después de una primera etapa nómada de lenta fijación en una zona de operaciones particularmente favorable.

Durante ese tiempo la base guerrillera es, según una expresión de Fidel, el territorio dentro del cual se mueve el guerrillero y que se mueve con él. En la etapa inicial la base de apoyo está en la mochila del combatiente.

PARTIDO Y GUERRILLA

En muchos países de América a menudo la guerrilla ha recibido el nombre de "brazo armado" de un Frente de Liberación, para indicar su dependencia de un frente patriótico o de un partido. Esta expresión, copiada de fórmulas elaboradas en otras partes —en Asia principalmente—, se opone, en el fondo, a la máxima de Camilo: "El ejército rebelde es el pueblo uniformado".

En ausencia del conocimiento concreto de una situación concreta, diferente y desconocida en su diferencia misma, es siempre peligroso importar esquemas de organización.

¹¹ Ver el relato de la ofensiva enemiga y la contraofensiva rebelde hecho por Fidel Castro por radio el 26 de julio de 1958.

aunque estos se apoyen en una teoría reconocida. Físicamente peligroso, se entiende, pues de un solo error político derivan numerosos errores militares y de un solo error militar la destrucción de todo un foco que comienza. Sin duda, el hecho de que la lucha armada en América Latina no haya sucumbido a tantos pasos en falso, a tantos tanteos y erróneos comienzos, revela la tolerancia de la historia frente a ella. Mientras tanto, la sanción de una teoría falsa es el fracaso militar, y la sanción del fracaso militar, el asesinato de decenas y centenas de compañeros y hombres del pueblo. Según una frase de Fidel, ciertas políticas tienen que ver con la criminología.

Situar la guerrilla bajo la dependencia estratégica y táctica de un partido que no cambia radicalmente su organización normal de tiempo de paz, o situar la guerrilla como una ramificación más de la acción del partido, trae por consecuencia una serie de errores mi-

taña, y es lo que hace a menudo. Pero para discutir sus orientaciones cuando no concuerdan con la realidad de la guerra, para exponer los problemas concretos —materiales y políticos— que se plantean a sus hombres, para solicitar ayuda o simplemente para hacer sentir que existen a una Dirección que tiende pronto a olvidarlo, que ignora todo de la guerra y sus problemas, bañada en la “vida política” de los días buenos, el comandante guerrillero, tarde o temprano, debe bajar. Sobre todo cuando las divisiones políticas se hacen evidentes, estallan los organismos y se forman otros sin que él sea consultado, hay que ir “abajo”, allí donde se hace y se mueve “la política”. Como ocurre que “la cabeza” está vacía o es incompetente o sorda, para hacerle comprender los detalles de ese mundo más lejano que la luna que es la vida guerrillera, se necesita tiempo; hay que prolongar, pues, la estancia “abajo” o volver a bajar. Riesgo fatal. Tarde o temprano, el responsa-



Estos son los integrantes de las fuerzas antiguerrilleras chilenas: los “boinas negras” de la Escuela de Paracaidistas y Unidades Especiales

litares mortales. Pasémosles revista rápidamente: son hoy conocidos de todos.

1. La “bajada a la ciudad”

El brazo, por armado que esté, debe consultar a la cabeza antes de hacer un movimiento. La cabeza —o dirección— se halla en la capital. ¿Acaso no es allí donde se concentran la vida política del país, los dirigentes de los otros partidos, la prensa, el Parlamento, los Ministerios, las oficinas de correos, en resumen, los órganos del poder central? ¿Acaso no es allí donde se concentran el proletariado industrial, las fábricas, los sindicatos, la Universidad, en resumen, las fuerzas vivas de la población?

Las normas del centralismo democrático imponen al comandante del frente guerrillero —generalmente miembro del Comité Central— ir a participar en las discusiones de la Dirección; si no es miembro del órgano dirigente, razón de más: es necesario comunicarle las orientaciones. Se dirá que la Dirección puede también enviar un emisario a la mon-

ble militar caerá: asesinado en el acto, torturado y “suicidado”, excepcionalmente encarcelado si la opinión pública puede intervenir a tiempo. Una vez ha escapado a tiempo; la otra será cogido. (El azar o “extraños azares” se mezclan en la cuestión: un accidente de automóvil, por ejemplo).

No olvidemos que el enemigo de clase procede a un **asesinato selectivo** en gran escala en América Latina: matar a los jefes, dejar vivir a los otros. Doble ventaja: se aísla a los jefes mientras vivan y se corrompe a los combatientes que no quieren morir; la clase dominante sabe reconocer bien a los que le hace falta matar —los políticos-militares— y a los que puede dejar en la cárcel o en la calle —muchos políticos—, a los que tiene interés en liberar de la prisión o dejarles en libertad. Con la mayoría de los responsables militares, de los hombres de la montaña, no hay compromiso posible; nada hay que esperar de ellos sino la guerra; hay que suprimirlos. ¿Atraparlos o liquidarlos en la montaña? Si tienen experiencia, es prácticamente imposible. El único medio para los polizontes y los asesores

norteamericanos es que bajen a la ciudad, a su terreno. Enfermos, que descienden a hacerse curar; traicionados o aislados, que vayan a poner orden entre los políticos acorralados.

“La ciudad —dice Fidel— es un cementerio de revolucionarios y recursos”.

Sin contar el efecto moral desastroso que provoca en los combatientes el descenso de su jefe, en las condiciones de vida en que se encuentran, cuando el primer papel del jefe es dar ejemplo de aguante y sacrificio. Mejor secuestrar a un médico o la mitad de un hospital que bajar a hacerse curar, decía en conclusión un comandante guerrillero. El jefe no puede bajar para asistir a ninguna reunión política: hace subir a los políticos para decidir y discutir en lugar seguro, arriba; si no, envía a un emisario. Lo que supone, primero, que se le reconozca su cualidad de jefe responsable y que se le den los medios de ejercerla, o que se los tome él mismo. Lo que supone, ante todo, la adopción de una estrategia franca y clara: ¿cuál es la forma fundamental de la lucha de clases en un momento dado? ¿Su terreno fundamental? ¿Su objetivo principal?

2. **La falta de poder político acarrea la dependencia logística y militar de la montaña respecto de la ciudad, y esta dependencia acarrea a menudo un abandono de la guerrilla por la Dirección de la ciudad.**

La subordinación de la guerrilla a su dirección política urbana desarrolla en los guerrilleros no solamente una situación real sino también un complejo mental de inferioridad y dependencia. Del exterior esperan todo: sus cuadros políticos, las orientaciones, el dinero, las armas, hasta la fecha de las operaciones. El principio moral y político, no contar sino con sus propias fuerzas, es perdido de vista, y la guerrilla está cada día un poco más presa de los espejismos de la ayuda exterior inminente. Hay que esperar a que la ayuda prometida llegue, y el día previsto la ayuda no llega o llega con cuentagotas y es propuesta para el día siguiente. Se va tirando en espera de mañana para ver si llegan los pares de botas, los nylons, las municiones, la gasolina, los medicamentos, las linternas eléctricas pedidos tres meses antes. Así se coloca rienda a “su” lucha armada, aunque sólo sea por indolencia.

Y es normal: las capitales, sobre todo las ciudades del Caribe, esas grandes sucursales yanquis, son purgatorios vivibles al lado de las aglomeraciones urbanas de Asia y aun de Europa. ¿Cómo un habitante de esas ciudades, por marxista-leninista que sea, podrá adivinar la importancia vital de un metro cuadrado de nylon, de un pote de grasa de fusil, una libra de sal, de azúcar y de un par de botas? Como se dice, “hay que haberlo vivido para concebirlo”. Vistos desde afuera, son “detalles”, “servidumbres materiales” de la lucha de clases, “el lado técnico”, luego menor, por tanto, secundario de las cosas: reflejos mentales de burgueses, y todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad,

es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero: **no puede** saber el trabajo material que esto demanda: comer, dormir, moverse, en resumen, sobrevivir. No tener medios de subsistencia salvo los que produce uno mismo, con sus manos, a partir de la naturaleza bruta. El hombre de ciudad vive como consumidor. Basta un billete en el bolsillo para tener con qué pasar el día; desde luego, los billetes no bastan, pero con la afluencia de yanquis y su cortejo de corrupciones se ganarán otros sin demasiadas dificultades.

La jungla de las ciudades no es tan salvaje: los hombres se estrangulan allí para ser reconocidos como bestias superiores, no se combate ya para no morir. La vida es de todos, desigualmente dada, pero dada de todos modos. Está en el comerciante en forma de productos acabados: la carne descuartizada; el pan cocido; el agua en la pila; el sueño sin turnos de guardia, bajo techo, a cubierto; la luz, en las calles sin serpientes, en los focos del alumbrado; el medicamento, en la farmacia o el hospital. Se dice bien que nos bañamos en lo social: los baños prolongados ablandan. Nada mejor que salir de ellos para darse cuenta de hasta qué punto esas incubadoras tibias infantilizan y aburguesan. Los primeros tiempos en la montaña, reclusos en la selva llamada virgen, la vida es simplemente un combate de cada día en sus menores detalles y, en primer lugar, un combate del guerrillero consigo mismo para superar sus antiguos hábitos, las marcas dejadas por la incubadora en su cuerpo, su debilidad. El enemigo a vencer, en los primeros meses, es él mismo, y no siempre se sale vencedor de ese combate: muchos abandonan el campo, desertan o descienden voluntariamente a la ciudad para asumir otras tareas.

El terrible abandono en que han tenido que vivir numerosos focos durante meses, a veces años, no se explica tanto por el sabotaje larvado, el desinterés o la traición de sus aparatos de superficie como por una diferencia irreductible de condiciones de vida, luego de pensamiento y comportamiento, entre unos y otros. El mejor de los camaradas, en la capital o en el extranjero, aun destacado en misiones importantes, dedicado a su trabajo, cae bajo el golpe de esa diferencia, que vale por una “traición objetiva”. Muchos de ellos lo saben. Cuando una guerrilla habla con sus responsables urbanos o en el extranjero, trata con “su” burguesía. Aun si tiene necesidad de una burguesía —como de un pulmón artificial para los momentos de asfixia—, no puede perder de vista esa diferencia de intereses y de medio: los dos no respiran el mismo aire. Fidel Castro ha tenido la experiencia de ello y no ha vacilado, aun a riesgo de quedar solo en momentos muy difíciles, en condenar y repudiar a “su” burguesía, inclinada a hacer alianzas sin principios. Principalmente cuando condenó el Pacto de Miami en su admirable carta del 14 de diciembre de 1957, en que, frente a una política burguesa, se define ya una moral proletaria encarnada en el Ejército Rebelde, moral que más tarde revelará ser también una política proletaria.

Dependencia logística: algunos frentes guerrilleros han sobrevivido recibiendo en un



Las vanguardias guerrilleras han logrado trastornar el cuadro político del continente. Ahora se lucha con las armas en la mano, dispuestos a morir o triunfar.

año doscientos dólares del organismo político de que dependían. El mismo organismo político gastaba durante ese tiempo miles de dólares en tareas de propaganda en el extranjero y en el interior, en mantener funcionarios dentro y fuera del país, en crear órganos de prensa, reunir congresos de amnistía, etc., para sacar provecho del prestigio que le daba la existencia de esos mismos frentes, desprovistos de medios de combate y solitarios. De esta experiencia y otras semejantes se ha sacado la conclusión siguiente: es menos riesgoso y más seguro para una guerrilla hacer desde su propia base incursiones, si es necesario motorizadas (secuestrando y abandonando un camión), a los poblados vecinos para obtener víveres y equipos de campaña (mochilas, mantas, botas, vestidos, etc.), crear sus propios depósitos, enterrarlos u ocultarlos, y asegurar así su libertad de acción por algunos meses.¹² Por arriesgados que

sean esos golpes de mano, son preferibles a la espera pasiva: esperar la buena voluntad o la posibilidad de aprovisionamiento por los organismos urbanos, los azares del transporte, las dificultades causadas por los "cercos operativos" u otra movilización de las fuerzas enemigas. Además, reducen al mínimo las posibilidades de infiltración o localización de la guerrilla, que se hacen siempre desde la ciudad en dirección de la montaña, del exterior al interior, y no en sentido contrario.

Dependencia militar: no pueden planificarse operaciones militares con meses de anticipación, para un día dado, de acuerdo con el calendario político nacional establecido por la clase dominante: elecciones presidenciales o parlamentarias, sesiones del Congreso, asambleas diversas, viajes oficiales. Dicho está que los planes de campaña deben ser elaborados por aquellos mismos que tienen que

fue parte de una gestión independiente) es muy difícil que pueda tener fe en otra cosa que no sea en nuestro propio esfuerzo. Se han gastado cerca de 200.000 pesos sin que se nos haya hecho llegar aquí un fusil ni una bala: Los que esperábamos desde Méjico hace más de un año, buena parte está en poder del enemigo nada menos que en Pinar del Río. Cuánta falta nos han hecho las armas que lote a lote se perdieron por sustentar otros compañeros el criterio de que lo correcto era abrir otros frentes y no fortalecer el que teníamos."

¹² En eso también, lo que pasa hoy en muchos países de Latinoamérica está anunciado en la historia de la revolución cubana. Basta citar este pasaje de una carta de Fidel Castro, en nombre de todo el Ejército Rebelde, al responsable de su abastecimiento en armas: "Sierra Maestra, 4/25/58. Querido Bebo: hemos decidido organizar nuestro propio aparato de abastecimiento de armas desde el extranjero. Después de 17 meses sin recibir desde fuera la menor ayuda por parte de la organización (la que llegó semanas atrás

realizarlos o en colaboración mutua con una dirección política que tenga un conocimiento profundo, táctico, detallado, de las cuestiones militares. Pero una dirección política sin esos conocimientos no puede elaborar planes militares sola, según sus conveniencias, como apoyo a una política de maniobras o de presiones sobre el régimen burgués, y luego transmitirlos a su aparato militar "para que los ponga en práctica", como el cliente imparte la orden al "maitre d'hotel", que la transmite a los cocineros. Por ridícula que sea la comparación, el divorcio entre teoría y práctica, entre vanguardia política y vanguardia militar, puede llegar y ha llegado a esos absurdos.

3. La falta del mando único

Acarrea la falta de plan general de acción; no es posible combinar y coordinar los medios disponibles en función de una dirección principal de acción. La falta de unidad de mando pone a las fuerzas revolucionarias en la situación de un sirviente de pieza de artillería sin dirección principal de fuego, en la situación de una línea de ataque sin dirección principal de ataque: los atacantes se pierden en el terreno, tirotean al azar y mueren por nada. El número y el poder de los medios de fuego no sirven de nada sin un plan de fuego, sin la asignación de un sector principal para ser batido por fuegos cruzados o concentrados. A ese despilfarro, a esa matanza inútil, lleva la ausencia de dirección ejecutiva centralizada, es decir, político-militar. El Frente o el Partido no son mancos: al brazo armado corresponde un brazo legal, pacífico. ¿Cómo combinar la acción de los dos? Peor todavía: ¿cómo combinar las dos alas del aparato armado, la guerrilla rural y la resistencia clandestina en las ciudades? Sólo una dirección notablemente coherente y vigorosa, armada de un plan estratégico racional a largo plazo, movida por un análisis político sin tachas, puede combinar esos dos aspectos de la acción directa; por lo menos es necesario que exista, que salve el pellejo. Quedándose en la ciudad, la dirección política será inevitablemente destruida o desmantelada por la represión. Los dirigentes lo saben o se lo imaginan. Pero la fuerza de la tradición, la adhesión zoológica a formas de organización determinadas, consagradas, solidificadas por el tiempo, impiden romper una estructura establecida y pasar a la nueva forma de lucha exigida por la situación de guerra. Esas resistencias son normales: el partido bolchevique y Lenin tropezaron con ellas hasta Octubre del 17.

En la actualidad, hay países en que numerosos dirigentes políticos pueden dar su acuerdo, en un momento de auge, a abandonar la ciudad, a ir a la montaña y escapar a la represión creciente. Pero de hecho, difieren cada día la partida. Cada día hay un golpe de Estado "en el aire", una reunión atrasada; una esperanza de ver resuelta la crisis en un abrir y cerrar de ojos. Siempre hay un pretexto. Hasta el día en que es demasiado tarde: la policía los encarcela o los mata. Luego, la dirección tradicional cae. Se pone en pie rápidamente una dirección de reemplazo clandestina, sin las cualidades de la primera, elegida con regularidad en congreso, que se encuentra en prisión o diezmada; desvinculada

de la base y de las organizaciones regulares. Esta dirección improvisada despacha los asuntos corrientes y se absorbe en la rutina clandestina. Satisfecha con poder siquiera mantener en pie algo así como un partido, da largas; vacila en tomar las decisiones de fondo y deja a la guerrilla como está, allí donde está; esperando días mejores, le presta el concurso de siempre, y siempre con grandes sacrificios.

En todos los casos se buscará reunir las ventajas de todas las formas de lucha sin los inconvenientes de ninguna: se rehusa escoger una forma de lucha como fundamental y otra como subordinada. Se deja a los dos brazos agitarse, cada uno por su lado, cada uno por su cuenta, sin acción coordinada, sin subordinación de las tareas. Esta dirección política abstracta, reformista o desavenida, transforma el movimiento revolucionario en un muñeco desarticulado. En una situación de guerra, una desviación en la cima, en la cabeza, puede engendrar desviaciones de signo contrario en las dos alas del aparato armado: a las nostalgias legalistas de la dirección política vienen a responder, en su aparato armado, el terrorismo descontrolado en la ciudad y el bandolerismo en el campo.

Acciones incontroladas en la ciudad: en ausencia de un mando único, ninguna estrategia clara de lucha armada. En ausencia de una estrategia clara, ningún plan de acción. La guerrilla es aislada de las ciudades; cada una actúa por su cuenta; las fuerzas urbanas o lo que hace las veces de éstas no están claramente subordinadas a la Sierra: para ello hace falta que la guerrilla sea reconocida como el ala directora y motriz del movimiento. De ahí, acciones independientes y anárquicas en la ciudad, que pueden comprometer no solamente los planes de la guerrilla, sino hasta el sentido mismo del combate librado.

Es fundamental precisar (escribía el Che Guevara ya en 1960) que nunca puede surgir por sí misma una guerrilla suburbana... La guerrilla suburbana estará directamente a las órdenes de jefes situados en otras zonas. Por tanto, la función de esta guerrilla no será llevar a cabo acciones independientes, sino de acuerdo con planes estratégicos preconcebidos.¹³

Claro está que el terrorismo de ciudad no puede desempeñar ningún papel decisivo y que entraña a la vez algunos peligros de orden político. Pero si está subordinado a la lucha fundamental, la del campo, tiene, desde un punto de vista militar, un valor estratégico: inmoviliza millares de soldados enemigos, congela la mayor parte del aparato represivo en tareas estériles de protección. Fábricas, puentes, centrales eléctricas, edificios públicos, carreteras, oleoductos pueden ocupar hasta las tres cuartas partes del ejército. El gobierno, por ser gobierno, tiene que proteger todos los intereses de todos los que tienen bienes y en todas partes; los guerrilleros no tienen que cuidar nada en ningún lugar. No tienen peso muerto. Por eso, la relación de fuerzas no se mide en términos de igualdad aritmética. En

13 Ernesto Che Guevara: Guerra de guerrillas, p. 131.

Cuba, por ejemplo, de los 50.000 hombres que tenía Batista, no pudo emplear nunca más que 10.000 a la vez contra la guerrilla. Y el Ejército Rebelde, al decir de su jefe, llegó a ser invencible cuando alcanzó la proporción de 1 contra 500.

Es que, desde el primer día, Fidel impuso una clara estrategia, aún más clarividente porque las fuerzas del 26 de Julio eran mucho más numerosas y mejor organizadas en las ciudades (Santiago, La Habana) que en la Sierra, en esa época de lucha. El acento principal debía ponerse en la consolidación de la guerrilla rural, en el Ejército Rebelde; a éste correspondía la dirección del Movimiento, aquí estaba la cabeza de todo el país. Después del desembarco, Fidel delegó en Faustino Pérez la reorganización del Movimiento en La Habana, dándole plenos poderes para ponerlo bajo la dirección de una fuerza que, como se sabe, reunía 20 hombres (enero del 57). Todas las armas disponibles debían ser enviadas a la Sierra Maestra y ni un solo fusil distraído para la resistencia urbana, directiva que podía parecer escandalosa, dado el desarrollo de esa resistencia y sus reales necesidades en armas; directiva que engendró más de un conflicto con el ala urbana del Movimiento, más de un resentimiento, pero que permitió en un mínimo de tiempo la constitución de "la fuerza móvil estratégica", el Ejército Rebelde, en el primer frente de la Sierra Maestra. Será ésta la que liquidará al régimen en definitiva: tal es uno de los leitmotivos de las cartas de Fidel a Frank País, jefe del Movimiento en Santiago.

Después de la muerte de Frank País sigue insistiendo Fidel. El 11 de agosto de 1957, escribe a Aly (Celia Sánchez): "Una consigna debe ser ahora la más correcta: **todos los fusiles, todas las balas y todos los recursos**, para la Sierra", y vuelve a lanzar la misma consigna en otra carta a Aly el 14 de agosto.

Entre las dos alas del Movimiento Liberador, las contradicciones no dejan de acentuarse, inevitablemente. Las dos alas tienen un desarrollo desigual, donde quiera que sea, en efectivos y en calidad; de ahí los peligros de una cojera. Como hemos visto, la montaña proletariza a burgueses y campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios. Los conflictos tácticos que no dejarán de surgir, las diferencias de apreciación o de línea, encubren un conflicto de clase, donde los intereses del proletariado, paradójicamente, no están del lado de la ciudad. Si esos conflictos pudieron ser resueltos tan pronto en Cuba, si la marcha hacia el socialismo ha podido ser tan rápida después de la conquista del poder, es porque desde el primer día la hegemonía fue reclamada, defendida y conquistada por Fidel en beneficio de la guerrilla rural. Una de las pocas acciones que pudo proponer e imponer el Llano fue la huelga general de abril del 58, que terminó en una catástrofe y repercutió gravemente sobre todo el Movimiento.

La Comandancia del Ejército Rebelde dejó hacer y colaboró al máximo y de buena fe a los preparativos de la huelga, tanto Fidel en el Primer Frente como Raúl en el Segundo: a los de abajo, les tocaba decidir sobre lo de

abajo. La Sierra no podía estar mejor informada de la situación en las ciudades que la gente de la ciudad: por esta razón de sentido común, Fidel no se opuso a la huelga. Resultó así víctima del "subjetivismo" del ala civil del Movimiento. El fracaso de la huelga general puso en evidencia una crisis latente a la vez que permitió superarla. En el plano de la organización, se reestructuró la Dirección, acabando con todas las trabas impuestas a la Sierra; la Comandancia del Ejército Rebelde tomó en sus manos la responsabilidad nacional del movimiento. En el plano de las concepciones de lucha, fue definitivamente barrida la concepción "civilista": para el Llano, la guerrilla era algo simbólico, destinada a crear las condiciones de un golpe de Estado en la capital. Para la Sierra, la guerrilla podía y debía dar una solución militar al problema político que no podía resolverse por ningún otro medio. Por eso, pudo Fidel escribir antes de la huelga: "Si logra (Batista) aplastar la huelga, no resolvería nada; nosotros seguiríamos luchando, y dentro de seis meses, su situación será peor" (carta a Nasin, marzo 23 de 1958). La clase dominante tenía todos los medios para reprimir y resquebrajar una huelga general, mientras que estos medios no le servían en absoluto para vencer en una guerra de guerrillas. Así le tocó a la Sierra salvar a la Revolución puesta en peligro por el Llano. Con el fracaso de la huelga, al comprobar a los ojos de todos que sólo la Sierra podía salvar la Revolución, era lógico que ésta asumiera la responsabilidad de su dirección. En un discurso ulterior al triunfo, Fidel volvió sobre las oposiciones fundamentales de estrategia y de clases que encubrían el mal paso y las discusiones que lo siguieron.¹⁴

14 El Che da la siguiente explicación del conflicto: En otra parte, Fidel expresa claramente: "condición esencial del revolucionario es saber interpretar la realidad". Refiriéndose a la huelga de abril, explica cómo no supimos interpretarla en ese momento y por ello sufrimos una catástrofe. ¿Por qué se declaró la huelga de abril? Porque había en el seno del movimiento una serie de contradicciones que nosotros llamamos de la Sierra y el Llano, y que se hacían patentes a través de los análisis de los elementos considerados fundamentales para decidir la lucha armada, los que eran diametralmente diferentes en cada una de las alas.

La Sierra estaba dispuesta a derrotar al ejército cuantas veces fuera necesario, ir ganándole batalla tras batalla, conquistando sus armamentos y llegar algún día a la toma total del poder sobre la base de su Ejército Rebelde. El Llano era partidario de la lucha armada general en todo el país con un epílogo de huelga general revolucionaria que expulsara a la dictadura batistiana y sentara la autoridad de los "civiles" como gobernantes, convirtiendo al nuevo ejército en "apolítico".

El choque de estas tesis es continuo y no es lo más adecuado para la unidad de mando que se requiere en momentos como éste. La huelga de abril es preparada y decretada por el Llano con la anuencia de la Dirección de la Sierra, que no se siente capaz de impedirla, aunque tiene serias dudas sobre su resultado, y con las expresas reservas del PSP, que advierte el peligro a tiempo. Los comandantes revolucionarios van al Llano para ayudarla, y así Camilo Cienfuegos, nuestro inolvidable jefe del Ejér-

Toda la experiencia contemporánea de América confirma y da fuerza de ley a esa desarmonía y ese desgarramiento entre las fuerzas de la Sierra y del Llano.

Dispersión en el seno mismo de la guerrilla rural: La ausencia de mando único y dirección centralizada favorece la creación prematura de varios focos. Dada la desigual relación de fuerzas existentes al comienzo entre la reacción y el campo popular, esta división debilita todavía más a la guerrilla que al ejército represivo. Ese se resiente menos de tener que dispersar sus fuerzas que la guerrilla de tener que dispersar las suyas. Tanto más cuanto que el ejército no las atacará simultáneamente, sino una por una, obteniendo así en cada sector una superioridad todavía más absoluta que si hubieran estado unidas en un solo foco. Aquí el ejemplo peruano habla por sí solo. La gran extensión del territorio no parece ser un argumento suficiente para retardar la consolidación previa de una fuerza móvil mínima, dotada de un poder de fuego mínimo que le asegure una capacidad de ataque apreciable en un sector dado. En otra parte (Venezuela), los focos guerrilleros se multiplicaron desde 1962, multiplicación artificial que no correspondía a un crecimiento real del movimiento guerrillero ni de su capacidad ofensiva. Este crecimiento forzado — causa y efecto de la ausencia de una comandancia única — debilitó de hecho la guerrilla. Es ésta quizá una de las razones del retraso que sufrió la guerrilla venezolana para constituirse en vanguardia político-militar y darse al fin una comandancia única (1966). En todo caso, lo que muestra bien que la guerrilla no fue en ese país un movimiento concertado, obediente a un plan de acción madurado de antemano, es esa proliferación espontánea y desordenada de focos, con un personal no entrenado, cuya mayoría fue liquidada en los primeros meses. Entre los otros focos que sobrevivieron a esa primera ola de ofensiva (Falcón, Lara, Trujillo, Oriente) ninguno se desarrolló suficientemente pronto y bien para poder catalizar en torno de él la lucha de clases. Así, ninguno pudo, hasta una fecha reciente, contrabalancear seriamente los centros de poder dispersos que representaban los partidos políticos existentes. La ausencia de una dirección única de la lucha armada, realmente ejecutiva y prestigiosa, provoca así el desparramamiento de los frentes, y esa dispersión a su vez retarda la aparición de una dirección única.

Este retardo puede ser voluntario; o sea, que se crearan nuevos frentes guerrilleros para impedir la constitución de esta dirección única. Pero en este caso, más que de frentes guerrilleros activos, se trata de depósitos de

cito, empieza a hacer las primeras incursiones en la zona de Bayamo.

Estas contradicciones tienen una raíz más honda que las discrepancias tácticas: El Ejército Rebelde ya es ideológicamente proletario y piensa en función de clase desposeída; el Llano todavía sigue pequeño-burgués, con futuros traidores en su dirección y muy influenciado por el medio en que se desenvuelve. Che Guevara: Prólogo al libro *El Partido marxista-leninista*.

ahorro a cobrar después de la victoria. No están destinados a hacer la guerra, sino a mantener una masa de reserva política, y hacer la propaganda de sus promotores. Tener una guerrilla da prestigio. Permite hablar en voz alta e imponerse en la escena del poder. La simple rivalidad entre organizaciones concurrentes o una frustración pequeño-burguesa frente a una vanguardia constituida, pueden llevar así a una dispersión inoperante de la guerrilla rural.

En las condiciones que le son propias, Cuba ofrece el ejemplo de un desarrollo armonioso de la guerrilla a partir de un núcleo central único cuyo crecimiento se opera naturalmente. Ese núcleo crece hasta el día en que sus efectivos, excesivos para los recursos locales en viveres y aprovisionamientos de todas clases, debe estallar. De la célula madre, la Sierra Maestra, se destacan entonces otras células portadoras de gérmenes por división natural: crecimiento, primero, de la columna madre hasta 120 ó 150 hombres: sobrepasada esta cifra no solamente agotaría los recursos del lugar, sino sobre todo resultaría demasiado grande para el tipo de terreno donde opera en condiciones de guerra irregular, terreno donde no es posible desplegar unidades grandes. Esta columna va generando después sucesivamente varias columnas, que pueden ser inicialmente de 40, 50 ó 60 hombres (dentro del mismo frente de la Sierra Maestra, la primera fue confiada al Che Guevara en julio del 57). Esas columnas llegan a constituir nuevos frentes que a su vez más tarde, siguiendo el mismo principio, generan sus columnas o unidades tácticas. Si una de estas columnas va destinada a zonas distantes donde no es posible la coordinación táctica con la columna madre y sus columnas, la nueva columna llega a constituir otro frente, que a su vez genera sus columnas. Raúl parte de la Sierra Maestra hacia el norte de Oriente con unos 60 hombres y organiza un nuevo frente, que llegó a contar con numerosas columnas. Almeida, en marzo del 57 parte a lo largo de la Sierra Maestra, con 40 hombres, hacia la zona de Santiago de Cuba, donde después se formaría lo que se llamó el Tercer Frente. Che, en agosto del 58, parte de la Sierra Maestra hacia Las Villas con 120 hombres, desarrollando allí al máximo la guerra, apoyado por la columna de Camilo Cienfuegos —que salió con 90 hombres de la Sierra—, cuyo destino era organizar un frente al occidente del país, en Pinar del Río. Pero a principios de diciembre, dado el vertiginoso desarrollo de la guerra y su presumible desenlace rápido, recibe la orden de apoyar con todos sus efectivos las operaciones del Che en Las Villas, a fin de cortar en dos partes el territorio y liquidar las principales unidades de Batista concentradas en la región oriental.

La ventaja de ese proceso de menor a mayor, de apariencia tan natural, que parece engañosamente marchar como seda, es que anuncia a la vez la existencia de un mando central indiscutido y de una muy grande libertad táctica de los oficiales y las columnas. Tanto más fuerte es el mando central y más clara y firme la estrategia fijada al comienzo por el mando, cuanto más grandes pueden ser la libertad de acción y la flexibilidad táctica

de los diferentes frentes y columnas. La concentración de los medios y de los hombres en un solo foco permite la elaboración de una doctrina militar única al calor de los combates, en la cual se forman todos los hombres. A esta altura, "doctrina militar" designa un conjunto de pequeñas reglas tácticas que han probado su eficacia: atacar a las tropas en movimiento y no en acantonamiento o en estacionamiento; atacar los refuerzos enemigos de manera escalonada, es decir, preparar de antemano emboscadas en su camino; conservar reservas para batir, después de una emboscada, a la tropa enemiga en retirada, ya desmoralizada y enredada en el transporte de sus heridos y muertos; prohibir al grueso de los combatientes tener bala en el directo antes de que haya empezado el fuego; cortar y destruir la vanguardia de las columnas por una doble emboscada, de contención para cortarla del centro y de aniquilamiento para destruirla una vez cortada; utilizar al máximo las minas eléctricas a distancia; valorar, en un principio, la captura de armamentos más bien que la destrucción física del enemigo; conservar la iniciativa en la elección de las sorpresas y la escalada de las provocaciones; es decir, habituar al enemigo, en un punto dado, a un tipo de acciones para sorprenderle bruscamente por medio de una acción diferente en el mismo punto; devolver los prisioneros a sus casas; curar con atención al enemigo herido... Así se forman poco a poco, oficiales en una cierta escuela moral, política y militar, oficiales a los cuales el Mando puede llegado el día, encomendar con toda confianza la dirección estratégica de una zona o un frente, sin que el Mando ejerza el tutelaje de sus acciones. Se han formado todos en la misma escuela, que les ha inculcado un espíritu común, reglas tácticas y un plan de acción escalonado, político y militar.

El Comandante Jacobo Arenas de las FAR colombianas en su oficina en la selva



Varias veces, en momentos en que la menor diversión hubiera sido de gran ayuda, Fidel se oponía sistemáticamente a la creación precoz de otros frentes guerrilleros, como ocurrió en mayo de 1957, con lamentables consecuencias cerca del Central Miranda.

Era necesario demostrar que vivíamos, pues nos habían dado algunos golpes en el Llano; las armas destinadas a abrir otro frente en el Central Miranda cayeron en poder de la policía, que tenía presos a muchos dirigentes valiosos, entre ellos a Faustino Pérez. Fidel se había puesto a

separar las fuerzas, pero cedió frente a la insistencia del Llano. Desde ese momento quedó demostrada la justeza de su tesis y nos dedicamos a fortalecer la Sierra Maestra como primer paso hacia la expansión del Ejército Guerrillero.¹⁵

Dirección Artificial de un Frente político improvisado: La falta de unidad en el mando desata infinitos mecanismos de compensación. Uno de los más socorridos consiste en promover un frente nacional al cual se confiará oficialmente la dirección del brazo armado.¹⁶ Se invertirán energías considerables en la constitución de un frente-fantasma, compuesto en lo esencial por el partido que lo ha formado; como un partido no hace un frente, se fabricarán de pies a cabeza organizaciones creadas a expensas de las fuerzas del propio partido; se buscarán las famosas "personalidades independientes" progresistas, cuyo nombre puede callarse para adornar su misterio. Tantas energías y esfuerzos de que se priva al desarrollo de la lucha armada para proveerle, aun antes de que esa lucha se haya consolidado y extendido, de una envoltura pomposa. Acto reflejo clásico: no hacer alianzas reales sobre objetivos determinados, en torno de una fuerza constituida, sino presentar una fachada y decorarla antes de amueblar la casa. Se elaboran programas es-

pléndidos abundantemente distribuidos en el extranjero, ignorados en el interior, y se cree estar en paz con la historia porque se ha puesto el futuro en programa, sin ocuparse siquiera, en el momento presente, de obtener los medios efectivos de realizarlo aunque sólo sea en su primera fase. El Programa, el Frente, las Alianzas, todas esas bellas maquinarias artificiales, absorben la atención y dispensan así de poner en pie el instrumento de su realización: el ejército popular, único que puede dar a un frente político su seriedad histórica y su eficacia. No se puede confundir la guerra con su propaganda. Ningún frente artificial puede colmar un vacío de dirección militar y política. Querer disfrazar un vacío con otro no suprime el primero, sino añade un segundo.

Una vez más, y a despecho de todas las ex-

15 Pasajes de la guerra revolucionaria, p. 106, Ed. Unión.
16 Frente Unido de Resistencia en Guatemala (1963) y primeras FAR, cuya inanidad denunció la guerrilla Edgar Ibarra (ver carta); Frente de Liberación Nacional de Venezuela; etcétera.

perencias adquiridas hasta hoy, se hacen pasar las instituciones antes que los hechos. Movimientos revolucionarios incipientes o grupos reducidos sumando unas decenas de hombres, elaboran, aun antes de entrar en acción, organogramas más complejos e ininteligibles que los de un Ministerio, llenos de Mandos, Direcciones, Comisiones como si la seriedad de un movimiento revolucionario se midiera por el número de sus subdivisiones. Las formas de organización preceden al contenido a organizar. ¿Por qué? Porque no se está liberado de la vieja obsesión, y se cree todavía que la conciencia y la organización revolucionarias deben y pueden en todos los casos preceder a la acción revolucionaria. Busquemos bien: este idealismo ingenuo es el que inspira en el fondo a los que se entregan al opio electoral, para quienes habrá socialismo cuando la mitad más uno de los inscritos en el registro electoral voten por él. Se llega a la siguiente paradoja: inconscientemente se aplica a la lucha armada los mismos presupuestos que rigen a las muy pacíficas actividades de los reformistas. Para qué asombrarse entonces si las malandanzas de estos últimos recaen sobre ciertas luchas guerrilleras.

Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo existente, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el "pequeño motor" que pone en marcha el "gran motor" de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor. Lo que enseña la práctica fidelista de la guerrilla es la siguiente paradoja: cuanto más débil es el núcleo revolucionario, más debe desconfiar de las alianzas; cuanto más fortalecido, más puede permitirse buscar esas alianzas puesto que el Ejército Popular tiene la hegemonía, y los principios —los motivos del combate— están a cubierto. Concepción que sería sectaria si sólo se tratara de preservar la buena conciencia y la pureza inmóvil del núcleo armado, pero que no lo es cuando se trata de un núcleo dinámico, concebido como motor y director de una guerra ofensiva sin tregua. Ese pequeño grupo —si quiere salvarse— no puede permanecer inmóvil, cerrado sobre sí mismo. Patria o Muerte. Muere —de muerte física— o vence, salva la Patria y se salva. En un sentido, el Ejército Rebelde ha luchado durante toda la guerra y especialmente al comienzo, contra la unidad a toda costa, sin principios, para reagrupar, por medio de la guerra, a los militantes de los otros partidos y del pueblo entero haciéndolos participar en esa misma guerra contra la dictadura. La carta a las organizaciones en el exilio, denunciando el pacto de unidad de Miami, es una vez más un cortante ejemplo de ello. Dicha carta termina con estas palabras: "Que para caer con dignidad no hace falta compañía".

Esta extraña dialéctica repercute sobre las relaciones de la guerrilla con el Ejército. Al principio, siendo débiles los rebeldes, Fidel

desalentó al máximo las tentativas de golpe de estado y los contactos con los militares. Aun un golpe de estado en favor del "26" hubiera sido desfavorable al Ejército Rebelde: una Junta "liberadora" hubiera podido confiscar e interrumpir el proceso revolucionario, no existiendo todavía un contrapeso. Después, cuando la Sierra Maestra contaba ya con fuerzas suficientes y se transformaba poco a poco en vanguardia reconocida por el pueblo entero, Fidel no perdía ocasión de tomar contacto con los militares, no para fomentar un golpe de estado, sino para acelerar la descomposición del régimen, y avivar las contradicciones en el seno del Ejército, principalmente entre los oficiales subalternos y el alto mando de La Habana. Aun un golpe de estado, si se hubiera producido, no podía ya desviar la lucha popular, dividiendo las fuerzas del enemigo, no las fuerzas guerrilleras que hubieran seguido el combate contra los militares con mayor empuje.¹⁷ En octubre del 58 escribe a un compañero de la organización: "lo revolucionario no es el golpe de estado, sino la incorporación de los militares a la lucha armada" (carta a Camacho 29-10-58). Esta incorporación pudiendo aparecer como una traición a los militares leales a su institución, se contentaba con llamarlos a parlamentar, a deponer las armas o a neutralizar ciertas unidades, sin imponerles nunca condiciones humillantes. Aceptar hablar es ya empezar a claudicar; y a medida que recibían más y más golpes, los oficiales enemigos respondían cada vez más a los mensajes de la Comandancia Rebelde, a pesar de la terrible reputación que como asesinos de soldados había hecho la propaganda de Batista a los Rebeldes.

La guerra psicológica no tiene efecto si no se inserta en la guerra a secas. Aliviada un momento la presión militar, la presión política sobre el adversario carece inmediatamente de punto de apoyo y cae en el vacío. Porque cada día morían soldados, porque se veían amenazados en su vida, los oficiales de Batista, a la cabeza de un ejército profesional, aceptaban un diálogo; por ello ya no se reían, como lo hicieron al principio, de tan ingenua pretensión. Infiltrar o presionar vale cuando se combate y golpea a la vez. Para que un ejército responda a los llamamientos patrióticos o revolucionarios de las fuerzas populares armadas, hace falta que aquél las respete; y un militar no respeta sino a los que teme. También se puede hablar de paz, pero haciendo la guerra. Solamente así, la consigna de paz se vuelve contra el opresor, no contra la insurrección. Y durante todo el proceso, Fidel esgrimió la consigna de paz, el deseo de todos de poner fin a la guerra civil,

17 Carta a Frank País, 21 de julio 57: "Nosotros no tenemos el menor apuro. Nosotros lucharemos aquí el tiempo que sea necesario. Nosotros concluimos esta lucha con la muerte o con el triunfo de la verdadera revolución. Esta palabra ya puede pronunciarse. Viejos temores se disipan. El peligro de un régimen militar disminuye porque cada día es mayor la fuerza organizada del pueblo. Y si hay golpe o junta, desde aquí exigiremos el cumplimiento de nuestros postulados. Y si nosotros seguimos esta guerra, no hay Junta que se mantenga".

pero mostrando que Batista y su régimen eran el único obstáculo a la paz; y el deseo de paz se volvió aliento para la guerra revolucionaria.

Después, ningún frente político deliberativo puede asumir la dirección efectiva de una guerra popular; solamente un grupo ejecutivo, técnicamente capaz, centralizado, unido sobre la base de intereses de clase idénticos. En resumen, un Estado Mayor revolucionario. Un frente nacional heteróclito por naturaleza es el lugar de desavenencias políticas, de discusiones, de deliberaciones sin fin y de compromisos momentáneos. No puede unirse y vivir sino frente al enemigo, frente al peligro inminente, y aun los medios de encararlo descansarán en la acción separada de las fuerzas que lo componen, dotadas cada una de su unidad propia. Estas fuerzas recobrarán su libertad después de la victoria, resurgiendo entonces sus antagonismos. Aun en ese caso, un Frente puede asegurar la diplomacia de una guerra, pero no su dirección operacional. Los presidentes u órganos dirigentes de un Frente viven lo que viven los compromisos de clase. Los "árbitros" pueden ayudar a los jefes a conquistar el poder; son los jefes los que lo conservan. A menos que el "árbitro" revele a tiempo sus cualidades de jefe, baje del cielo azulado de los Acuerdos por encima de las clases, ponga los pies en tierra y en sus vulgares sociedades de clase, a la cabeza de una de ellas.

Evidentemente, esos métodos de trabajo tienen una causa política. ¿De dónde vendrían si no? ¿De una falta de moral? Los militantes tienen moral, y admirable. En los países en que han hecho estragos esos métodos han sido los camaradas, los militantes comunistas, los que han llevado el peso principal de la guerra. Miremos la lista de los muertos: casi todos son miembros de los partidos, e igual los encarcelados. ¡Ay! La abnegación no es un argumento político y el mártir no tiene fuerza de prueba. Cuando el martirologio se alarga, cuando todo acto de entereza se convierte en martirio, es que "algo anda mal". Y es un deber moral investigar esta causa, como lo es saludar a los camaradas muertos o encarcelados.

En la raíz hay sin duda viejas concepciones políticas hoy gastadas, desacreditadas, roídas por el fracaso, pero que sobreviven, todavía vivaces. La vieja teoría de la alianza de las cuatro clases, que incluye a la burguesía nacional; la perspectiva de una "democracia nacional", es decir, el mantenimiento de las relaciones de producción capitalista, pero aseadas, limpias de toda ingerencia imperialista, bajo el control de las masas, que exigirán después pasar al socialismo; el desprecio o la subestimación del campesinado, al que una tal perspectiva, por otra parte, no puede seducir. En el fondo, muchas de esas organizaciones políticas adolecen todavía de una falta de análisis concreto de los modos de producción en vigor en cada país de América Latina, de las combinaciones existentes entre los diversos modos de producción, de las formas de dominación de un modo de producción sobre los otros, análisis que sólo pueden indicar las relaciones de clase existentes. Esos defectos, esas lagunas son conocidas; no basta evidentemente denunciarlos para paliarlos; lo que interesa aquí es su efecto práctico.

La frase "lucha armada" es esgrimida, repetida en el papel, en los Programas, pero el empleo de la frase no puede ocultar que falta todavía en muchos lugares la **decisión** de la lucha armada y la **definición positiva** de una estrategia que le corresponda. ¿Qué se entiende por estrategia? La distinción de lo principal y lo accesorio, de donde resulta una jerarquía clara de tareas y de funciones. Un pragmatismo alegre permitirá ir tirando todas las formas de lucha juntas. Que se las arreglen entre sí para entenderse. En un extremo puede aparecer la **definición negativa** de una estrategia en forma de rechazo. A la idea de que, en condiciones dadas, hay que subordinar las formas pacíficas de la lucha de masas a la lucha armada de masas, se ha opuesto a veces la idea de que semejante subordinación equivaldría a hacer depender la línea política del partido de vanguardia de la estrategia militar, de su aparato armado, y subordinar la dirección del partido a la dirección militar. De hecho, no hay nada de eso. Una vez más se ha olvidado, pese a las aquiescencias verbales, que la guerra de guerrillas es de esencia política y que no se puede, pues, oponer lo político a lo militar.

A despecho de las palabras, el "tecnicismo" y el "militarismo" están más bien del lado de aquellos que llaman militarismo y tecnicismo a la voluntad de englobar todas las formas de lucha en el contexto de la guerra de guerrillas, del lado de los que oponen línea política y estrategia militar, dirección política y dirección militar. Estos viven en un mundo doble, realmente dualista —y ¿por qué no decirlo?— con una herencia **espiritualista** muy próxima. Lo político de un lado, lo militar de otro. La guerra del pueblo es una técnica, localizada en el campo y subordinada a la línea política entendida como supertécnica, "puramente" teórica, "puramente" política. El cielo manda a la tierra, el alma al cuerpo, la cabeza al brazo. El verbo precede a la acción. Los sucedáneos laicos del verbo —la palabra, la palabrería, el parloteo— preceden y ordenan la actividad militar, desde lo alto del empuje.

Primero, en la América Latina de hoy, no se ve cómo una dirección política pueda ser extraña a los problemas técnicos de la guerra; y cómo se pueda concebir un cuadro político que no sea a la vez un cuadro militar. Es la situación misma, actual o futura, la que lo exige. "Los cuadros" de la lucha armada serán aquellos que tomen parte en ella y, en el terreno, se revelen capaces de dirigirla. Ahora bien, cuantos dirigentes políticos prefieren seguir, día tras día, la vida del sindicalismo mundial o absorberse en los rodajes de las mil y una "organizaciones internacionales democráticas" dedicadas a mantenerse en vida, más que a informarse sería y concretamente de las cuestiones militares vinculadas a la guerra de su pueblo. Además, la técnica militar reviste una importancia especial en América Latina. A diferencia de China y Asia en general, la gran desproporción de fuerzas existente al **comienzo** entre los efectivos revolucionarios y todo el aparato represivo, la pobreza demográfica del campo y los lugares en los cuales se desarrolla la guerra, no permiten reemplazar por un tiempo la técnica y el armamento por la masa y el número de comba-

tientes. Al contrario, para compensar esta desproporción inicial y de manera general la pobreza demográfica relativa de muchos países, hay que dominar la técnica con pericia. De ahí el papel, más importante que en otras partes, de las minas, los explosivos, las bazucas, las armas automáticas modernas, etc. . . En una emboscada, por ejemplo, el empleo inteligente de armas automáticas modernas; su cadencia de fuego; su combinación organizada de antemano según un plan de fuego riguroso, donde el menor detalle y cada segundo cuentan, permiten compensar la carencia o la escasez de los efectivos del lado revolucionario. En un número limitado y definido de segundos, tres hombres pueden liquidar un camión de transporte de tropas con 30 soldados, allí donde se hubiera necesitado, con los viejos fusiles mecánicos, un número equivalente de guerrilleros. Por la misma razón, el objetivo número uno de una guerrilla es apoderarse de las armas del enemigo y no tratar de liquidarlo físicamente, aunque casi siempre para quitar las armas haya que liquidarlo primero físicamente. En resumen: no hay "detalles" para un jefe político-militar; todo descansa en los detalles —en un solo detalle— y él debe vigilarlos personalmente todos.

Después, está probado que la experiencia militar de la guerra del pueblo es más decisiva que una experiencia política sin contacto con la guerrilla para la formación de los cuadros revolucionarios. Los dirigentes de envergadura en la América Latina de hoy son hombres jóvenes, sin larga experiencia política previa a su entrada en la guerrilla. Es ridículo continuar oponiendo "cuadros políticos" y "cuadros militares"; "dirección política" y "dirección militar"; "políticos" puros —que quieren seguir siéndolo— no sirven para dirigir la lucha armada del pueblo; los "militares" puros sirven, y dirigiendo una guerrilla, viviéndola, se convierten en "políticos" también. La experiencia de Cuba y la más reciente de Venezuela, Guatemala y otros países, muestra que en la guerra de guerrillas los combatientes se forman políticamente más pronto y más profundamente que pasando un tiempo igual en una escuela de cuadros, aunque se trate de un pequeño burgués o un campesino. Efecto, en el plano de los hombres, del carácter esencial y totalmente político de la guerra de guerrillas. Doble ventaja sobre la formación política "tradicional", aunque sea en el seno de un partido, de la lucha sindical o de una escuela de cuadros nacional o internacional: en ese "cursus honorum" político es seguro que no se formará militarmente (salvo en detalles) y no es seguro que la formación política recibida sea la mejor. Ejemplo: Cuba, El Ejército Rebelde y la clandestinidad han suministrado a la Revolución sus cuadros dirigentes y el núcleo de sus militantes. Todavía hoy los Rebeldes están a la vanguardia de esa vanguardia, defendiendo en el seno de la Revolución la línea más radical, la más comunista. ¿No es éste

un extraño destino para "militares" tales como los conciben "los políticos"?

Sin embargo, en algunos países, los "políticos" parecen olvidar esta experiencia y la de su propio país. Mantienen esa distinción absurda en las condiciones latinoamericanas, entre "políticos" de un lado y "militares" del otro. Muchas conductas, hoy mismo, reflejan ese divorcio:

—Tal dirección de partido sustrae de la guerrilla un buen número de cuadros y combatientes para enviarlos a una escuela de cuadros política fuera del país.

—Tal otra dirección inhibe o "controla" el desarrollo político de sus cuadros militares, poniéndoles al lado "comisarios políticos" llegados de la ciudad. Se instaura así, si no un doble aparato de dirección, en todo caso dos especies de "cuadros" en el seno mismo de la guerrilla, lo que no puede sino estorbar el surgimiento natural de líderes populares, de dirigentes político-militares completos. Esta actitud contrasta con la de Fidel, en Cuba durante la guerra: "A los que dan pruebas de capacidad militar, darles también responsabilidad política". El riesgo vale la pena: Raúl, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, decenas de oficiales, hoy responsables políticos de una revolución proletaria y campesina.

Pero no nos ocultemos una evidencia.

Los partidos o las organizaciones cuyas direcciones han procedido así, controlando desde el exterior a su germen de ejército, manteniendo esta dualidad de organización o retirando a sus militantes de la guerrilla para enviarlos a formarse políticamente en otra parte, se apoyan en principios de organización consagrados, aparentemente esenciales a la teoría marxista: distinción de la instancia militar y la instancia política. Se apoyan, además, en toda una experiencia internacional: en el marco de la guerra prolongada del pueblo, la de China y el Vietnam. Puede que apliquen mal esos principios, pero los principios no tienen la culpa. ¿No estaríamos entonces en trance de confundir un principio político con una forma de organización determinada o un estado contingente de ciertos partidos? ¿No estaríamos entonces en trance de repudiar a medias palabras un principio sacrosanto, el de la distinción y el predominio del partido sobre el ejército popular en la fase precedente a la conquista del poder, con el falaz pretexto de que el principio es mal aplicado? ¿O el principio no es uno, válido para todas las latitudes?

Tomemos el problema por su raíz.

NOTA.—Este ensayo continuará en el próximo número.